

Elena Fortún

Celia, lo que dice

Dibujos de Molina Gallent

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 1992

Cuarta edición: 2020

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com

Imágenes: Molina Gallent

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Herederos de Encarnación Aragoneses

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-987-5

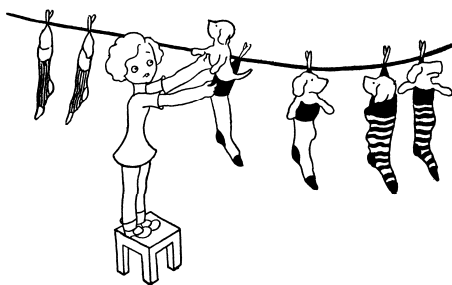
Depósito legal: M. 10.990-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Celia, lo que dice



A mi ahijadita Isabela

Celia ha cumplido siete años. La edad de la razón. Así lo dicen las personas mayores.

Celia es rubia; tiene el cabello de ese rubio tostado que con los años va oscureciéndose hasta parecer negro. Tiene los ojos claros y la boca grande. Es guapa. Mamá se lo ha dicho a papá en secreto, pero ella lo ha oído.

No se envanece por tal cosa. Es seria, formal y reflexiva, razonadora... Porque, ¿de qué serviría haber alcanzado la edad de la razón sino sirviera para razonar?

Así, pensando y pensando, ha entendido que, siendo los mayores tan grandes y tan ásperos, tan diferentes en todo a los niños, no pueden comprender nada de lo que los niños piensan o hacen.

¡Pero vaya usted a quitarle de la cabeza a una persona mayor que es ella la que debe mangonear!

Que se queda Celilla con los ojos muy abiertos, contemplando los leños que arden en la chimenea, pues dice mamá: «Juana, acueste usted a la niña, que se está durmiendo». Que al coger una porcelana de la vitrina se cae y se rompe, ¡Dios mío, qué escándalo y qué regañina!... Como si ella no lo sintiera más que nadie.

Algunas veces está triste (¡le dan tantos disgustos!), y tiene tanta pena que, aunque haya llorado mucho, los sollozos la ahogan todo el día. Entonces, los mayores dicen: «¡Dios quiera que nunca tengas que llorar por algo más grande!». Y en seguida: «¡Feliz edad!... ¡Qué dichosos son los niños!».

¡Dichosos! Ellos sí que lo son, que se van a la calle cuando quieren, se acuestan cuando les parece bien, comen lo que les gusta y rompen lo que se les cae, sin que nadie acuda a darles azotes.

¡Y qué tono se dan! «Cuando las personas mayores hablan, los niños no rechistan.» «A los mayores no se les contradice nunca.» En la mesa: «A comer y a callar».

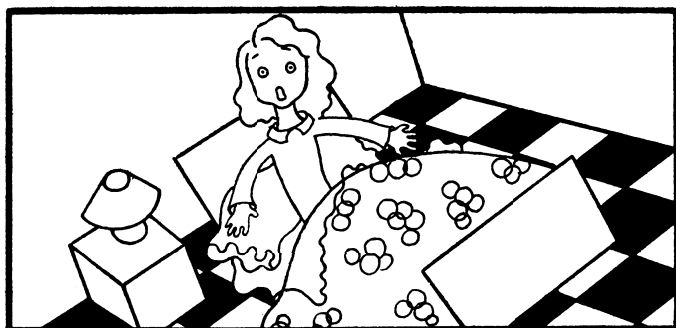
No sé adónde llegarían las cosas si hubiera que callarse siempre.

Felizmente, ella tiene siete años. ¡La edad de la razón! ¿Será por haber pasado de esa edad por lo que los mayores no comprenden las cosas más sencillas?

¡Y es inútil explicárselas! Sin embargo, Celia siente la necesidad de decirlo todo, y va a contar todos los menudos incidentes de su vida inquieta, que para los que tengan su edad serán claros y transparentes, y un poco absurdos para las personas mayores, tan intolerantes e injustas casi siempre.

Escuchad.

Noche de Reyes



Me desperté asustada, y oí como si un gato estuviera arañando las maderas del balcón. ¡Los Reyes Magos!

Entraba la luna por las rendijas, y entraba el frío también...

De buena gana me hubiera levantado a ver lo que ocurría, pero ¡me daba un miedo!... Me tapé la cabeza y empecé a rezar.

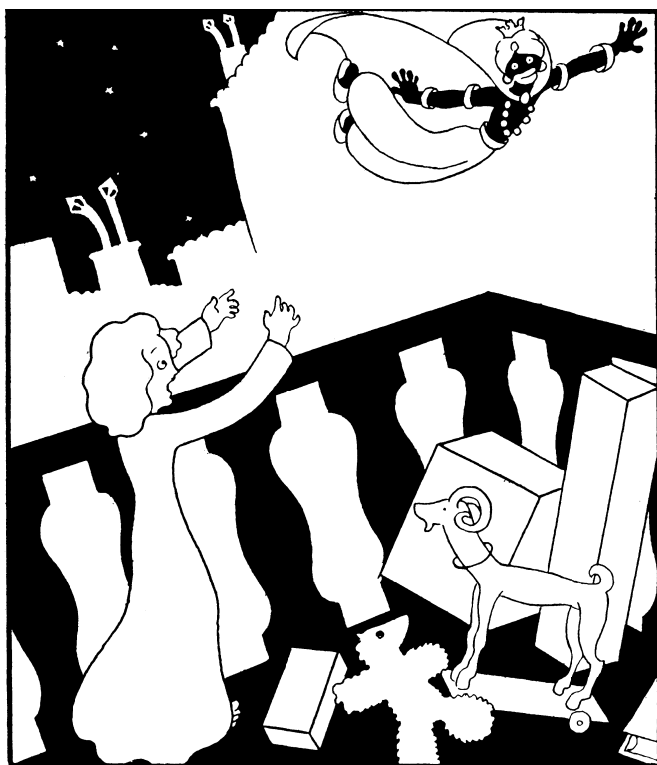
«Jesusito de mi vida,
tú eres niño como yo...»

De repente, ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!, un ruido terrible de cosas que caen sobre el balcón..., y me encuentro en camisa, delante de un señor negro con corona, que está sentado en la barandilla.

–¡Dios te salve, Celia! –me dice.

–Que Dios te salve a ti, Rey Negro, porque si no, te caerás a la calle.

-Yo no me puedo caer, porque no peso.
-¡Qué bien! Entonces podrás volar.
-¡Ya lo creo! Mira.
Y cogiendo las puntas de la capa blanca que llevaba,
se marchó volando por la calle arriba.
-¡Eh! ¡Eh! ¡Rey Negro! ¡No te vayas!
-Ya estoy aquí. ¿Qué quieres, Celia?
-Que no te marches sin dejarme los juguetes que te
he pedido en mi carta.
-¿No los ves?
¡Qué tonta! Estaba el balcón lleno de cajas, y yo no
había visto nada entonces.
-¿Me has traído la cocina?
-Sí, dos cocinas.
-¿Y el borrego?
-Un borrego y una cabra.
-¿Y el *Teddy Bear*?
-También.
-¿Y la vajilla?
-La vajilla, y un reloj, y cazolitas, y libros, y rompe-
cabezas, y una raqueta...
-¡Huy, qué bueno eres! Y ahora que me fijo en ti...,
¡cuánto te pareces al lacayo de tita Julia!
-¡Como que es mi hermano!
-Anda, si lo sé antes le doy a él la carta para que te
la llevase, y así me hubieras traído más cosas aún...
-¿Te parecen pocas?
-No, no; no son pocas. Pero te hubiera dicho que no
te olvidaras de Solita, la niña del portero.
-No me olvido nunca.
-Pues hijo, el año pasado no le trajiste nada.
-Sí, le traje; pero te quedaste tú con ellos...
-¡Jesús, qué mentiroso!
-¡Niña! ¿Cómo hablas así a un santo?



—¡Ay, Rey Negro! Perdóname; pero no sé cómo decirte que no dices la verdad...

—Sí, digo la verdad. ¿No crees que es demasiado para ti todo lo que te he traído por orden de Dios?

—No sé...

—Sólo dejo juguetes en los balcones de los niños ricos; pero es para que ellos los repartan con los niños pobres. Si tuviera que ir a casa de todos los niños no acabaría en toda la noche...

—Sí, sí, ya comprendo. ¿Entonces debo repartir con Solita lo que me has dejado?

–Eso es. Yo no puedo detenerme más. Está amaneciendo y aún me queda mucho que hacer.

No sé por dónde se fue ni cuándo me metí en la cama, porque me quedé dormida y no desperté hasta que entró la luz del día en mi cuarto.

Me volví a levantar (entonces sí que hacía frío), me abrigué con la colcha y salí al balcón.

–¡Solita, Solita! –grité, porque ya estaba Solita barriendo la puerta–. ¡Mira lo que nos han traído los Reyes!

Desaté todos los paquetes, y con las cuerdas hice una muy larga que llegaba a la calle.

–Espera, que te voy a echar una cabrita –y se la mandé bien atada en la punta de la cuerda...

–Y ahora unos libros... –y se cayeron; pero todos llegaron al suelo.

–Y una caja con una cocina.

¡Cómo bailaba Solita!

Detrás de mí, dijo papá:

–¡Pero qué estás haciendo, niña!

–Repartiendo los juguetes.

–¡Entra dentro, criatura, que hace un frío horroroso! ¡Milagro será que no hayas cogido una pulmonía! ¡A la cama!

¡Qué voces daba!

–¡Pero papá, si me ha mandado el Rey Negro que le dé a Solita juguetes, porque son también para ella!

–Veremos lo que dice tu madre de eso. ¡Abrígate bien!

–Mira, papá, el Rey Negro me lo ha explicado todo...

–¡No digas más tonterías! Todo eso lo has soñado o lo has leído en alguna parte.

–¡Que no, papá, que no! Mira, yo te diré...

–¡Nada, no me digas nada! ¿Qué es lo que le has dado a Solita?

-Una cabra...

-¡Válgame Dios! ¡Un juguete carísimo!... ¿Entras en calor?

-Sí, sí; ya no tengo frío... Verás, papá, yo te contaré...

-¿Te quieres callar? Las niñas no mienten ni creen que es verdad lo que sueñan...

De pronto apareció Juana haciendo aspavientos.

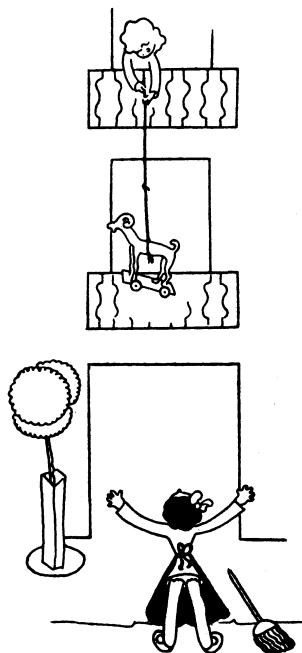
-Señor, aquí está Pedro, el portero, con unos juguetes que dice que...

-Bueno, bueno -interrumpió papá-; dígame usted que son para su hija, que se los dé...

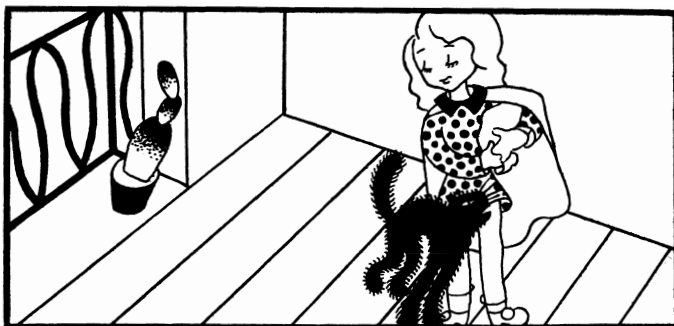
-¡Ay, papá, qué bueno eres! ¡Ya lo sabía yo!

-Lo que no sabes es la que nos va a armar tu madre en cuanto aparezca.

¡Y ya se oían los pasos de mamá!...



El día de San Antón



El jueves fue el santo de *Pirracas*.

¡Muchas felicidades!

La gata se restregó contra mí maullando, y yo decidí celebrar su fiesta.

–Miss, ¿la llevamos a la calle de Hortaleza?

–No diga tonterías.

–Mamá, ¿me dejas llevar de paseo a la gata?

–¡Jesús qué criatura! ¿Serías capaz?...

–¡Anda, ya lo creo!

Y salimos a pasear. Yo llevaba a *Pirracas* debajo de la capa. Ella se estaba quietecita; pero como se aburría empezó a maullar para decírmelo.

–Celia, ¿qué es eso que suena?

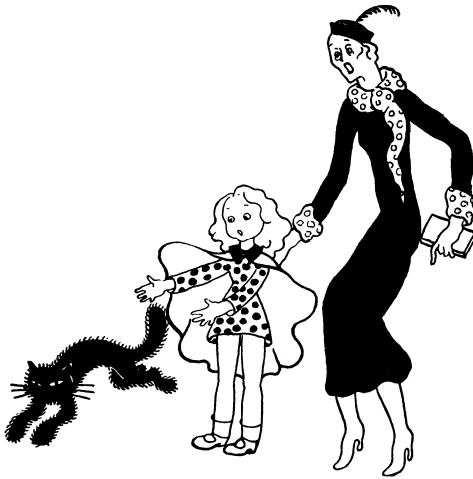
–¡Nada!

–Sí, sí, suena un gato.

–¡Bueno, pues que *suene*!

–Y está debajo de su capa...

–¡Claro! ¡Voy a tener yo un gato en el cuerpo!



Pero como la miss es testaruda como la pata de un mulo (lo dice Juana), y le gusta meter las narices en todo, quiso ver lo que *sonaba*. Yo me defendí; la gata saltó al suelo y ¡se escapó!

Pirracas era de la abuelita, que la quería más que a las niñas de sus ojos. (Eso también lo dice Juana.)

Y como la abuelita se ha muerto, ahora es mamá la que quiere a la gata más que a esas niñas.

Yo vine a casa llorando, y mamá, al saber lo que había pasado, lloró también. La miss aseguró que yo tengo el demonio en el cuerpo...

Entonces papá mandó poner un anuncio en el periódico ofreciendo un regalo al que encontrara a *Pirracas*, y desde el día siguiente han traído más de mil gatos.

En casa han quedado cinco, porque nadie sabe cuál de ellos es nuestra gatita.

—Vea usted el problema en que ha puesto a sus padres.

Para miss Nelly todo son problemas.

–Pues no, señora, no es problema. Los cinco gatos son *Pirracas*.

–Eso no puede ser.

–Pero es.

–No puede haber más que uno que lo sea.

–Diga usted, miss, ¿quién era San Antón?

–Un Santo.

–¿Y hacía milagros?

–Como todos los Santos.

–Pues si era un Santo y hacía milagros, habrá hecho de *Pirracas* cinco gatas.

–No puede ser.

–Sí puede ser. Jesucristo hizo de cinco peces muchos peces.

–Para comer.

–Eso es, para comer. Y San Antón ha hecho de *Pirracas* otras cinco para que jueguen conmigo.

–No puede ser. ¡Qué rabia! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Tonta! La verdad es que no hay más *Pirracas* que una, y que yo la conozco aunque aún no lo he dicho.

–Mamá, ¿verdad que nos quedaremos con todas las gatas?

–No, hija. Creo que ya sé cuál es la verdadera, aunque todas parecen iguales.

–¿Y qué haremos de las otras?

–Se las llevará Pedro, el portero.

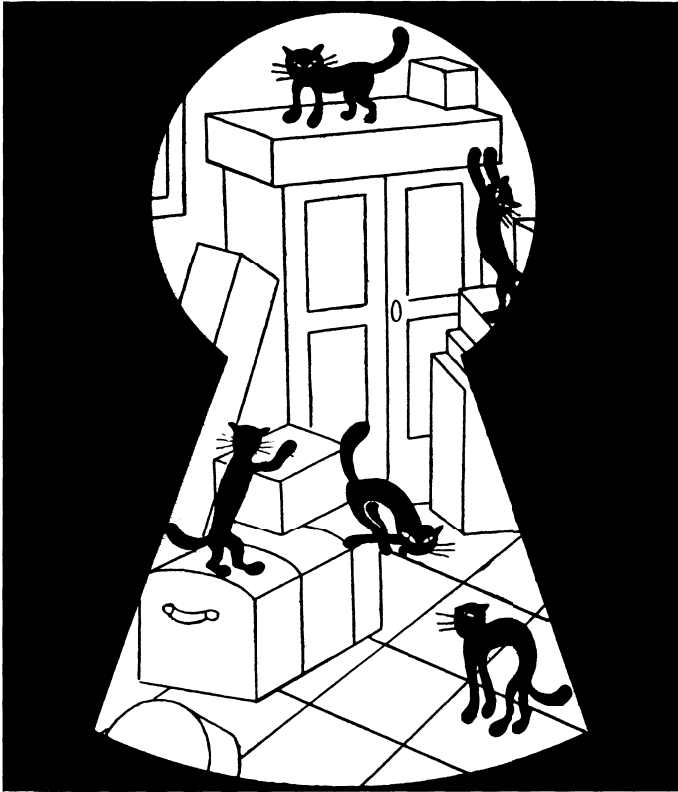
Yo me puse a llorar.

–¡No se las des, mamá! ¡Mira que no las conocemos! Mamaíta, yo las cuidaré.

–¡Cállate! Piensa en que tú tienes la culpa de que ahora no sepamos qué hacer con tanto animalito...

Están en el cuarto de los baúles.

Anoche las estuve mirando por el ojo de la llave. Entraba luz por el montante y las vi correr de un lado a



otro, pegarse, saltar hasta los armarios. ¡Pirracas nunca hace esas cosas!

Esta mañana temprano, cuando empezaba a ser de día, sentí que venían por ellas. Hablaba una mujer y se reía, sin hacer ruido.

Después tiraron algo al suelo y se fueron. Por la calle sentí correr unos coches.

–¡Juana! ¡Juana! ¿Quién se ha llevado las gatas?

–No sé. Yo no he visto a nadie.

–¿De veras?

Me vestí de un salto. En el cuarto de los baúles estaba todo revuelto y habían tirado unas cajas.

¡Lo he comprendido todo! Las gatas eran cuatro princesas encantadas... Nadie las ha visto marchar, y se han ido.

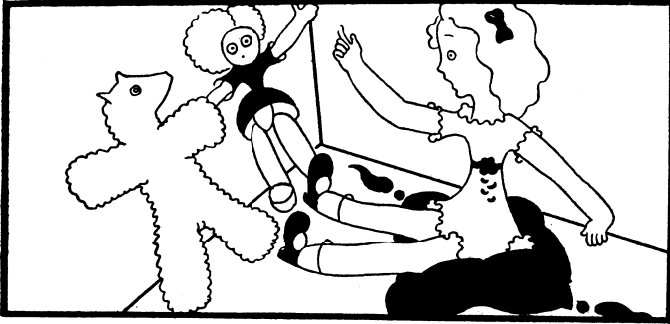
El hada madrina ha venido esta mañana, y era ella la que se reía... Los coches que oí rodar eran las carrozas de oro donde iban las princesas...

—Papá, ¿sabes quiénes eran las gatas?

—Sí, hija, sí. Unas princesas, o unas hadas, o los duendes de «El castillo de irás y no volverás».

—¡Justo! ¡Ay, papá rico, tú sabes siempre todas las cosas!

Miss Nelly



El *Teddy Bear* que me trajeron los Reyes se parece a miss Nelly como si fuera hijo suyo.

Papá y mamá se enfadan cuando lo digo. Tú, lectora, lo comprenderás mejor. El osito tiene el pelo rubio, como la miss, y los ojos parados y bobos, como ella.

–Yo estar furiosa con Julieta por lo diablo que es –dice el osito.

Julieta es mi muñeca rubia, mi hija, y el *Teddy Bear* es miss Nelly, la institutriz, que se queja de mi niña.

–¿Qué hace mi pobre hija? –digo yo.

–No aprende nada.

–¿Y qué es lo que usted quiere que aprenda?

–Yo querer que aprenda Gramática.

–¡Bah! ¿Y para qué sirve la Gramática, me quiere usted decir?

–La Gramática sirve para hablar bien.

-¡Mentira! ¡Mentira! Usted sabe mucha Gramática y habla muy mal. ¡Vaya! Yo tengo siete años y no sé Gramática, ¡ni quiero!

-Tampoco sabe Aritmética. Ni siquiera sabe que dos y dos son cuatro.

-¿Cuatro qué?

-Cuatro.

-¡Ay, mis Nelly, miss Nelly, me está usted pareciendo tonta de remate! He leído en un libro de un señor que sabía mucho, que no se dice cuatro ni siete, sino cuatro manzanas, siete pajaritos, cinco niñas...

-No quiere levantarse por la mañana ni acostarse por la noche.

-¡Claro! Como que no tiene sueño cuando usted lo ordena, ni deja de tenerlo porque usted quiera...

-No quiere estudiar a sus horas.

-¿A qué horas?

-A las horas de estudio.

-Porque quiere jugar.

-A la hora de jugar quiere leer.

-¡Justo! Pero miss, no sea usted testaruda. Julieta no puede levantarse a las ocho y estudiar a las nueve y comer a las diez porque no anda al mismo tiempo que el reloj.

-Las niñas deben ser ordenadas.

-¿Qué niñas?

-Las niñas distinguidas.

-Julieta no es una niña distinguida: es sólo una niña buena.

-No es buena, es rebelde.

-¿Por qué?

-No quiere ir al Retiro por la calle de Serrano.



—Porque hay un perro que ladra mucho. Y a usted, miss, lo mismo le sería ir por otra calle.

—Sí, pero hay que obligarla a ser obediente.

—¡No sea usted boba, miss!

—Además no quiere comer la sopa.

—Porque no le gusta.

—Pero alimenta...

—Cuando sea la sopa de almendras, y en vez de pescado le den natillas, y después tortas, y macarrones de postre, ya verá usted cómo tiene apetito Julieta. ¡Y yo también!

—Los dulces ensucian el estómago.

—¿Usted qué sabe? Pero estas institutrices se creen que se lo saben todo...

—Yo he estudiado mucho en Inglaterra.

—Pero aquí, no. Si hubiera usted ido a mi colegio no sería usted acusona.

—¿Qué es ser acusona?

—Contar a las mamás todo lo que hacen las niñas.

—Para que las castiguen.

—¡Muy bonito y muy buena intención!

—Así se corrigen.

—¡Ah! ¿Es para eso? Pues entonces, para que se corrija usted, la voy a poner de rodillas, cara al rincón. ¡Ea! Está usted castigada hasta la noche.

Y nada más había ocurrido, cuando entró miss Nelly (la de carne), como un demonio, y me llevó de un brazo al cuarto de mamá.

